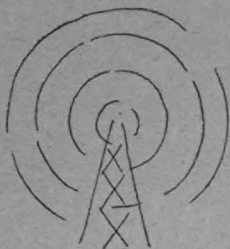


NOTAS SOBRE EL RADIO

P o r J O S E M A R T I N E Z S O T O M A Y O R

Voz sin rostro; voz sin gesto; voz sin voz. Aislada, filtrada, lejos de los labios. Voz técnicamente deshumanizada y pura. Mas en el hueco de cada palabra el espeso contenido humano del deseo.



Música blanda y sumisa, señuelo de la intención utilitaria. Después de la golosina del Danubio Azul, el pregón de la mercadería que viene por los aires. Mercurio alado y tramposo.

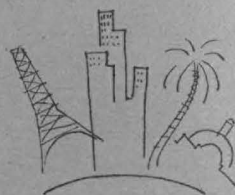
Viene el sonido invisible y silencioso ocultándose con la rapidez del aleteo, vibradores élitros de abeja. Mil; diez mil; un millón de abejas que luego se ponen a zumbiar en la encendida colmena.



¡Qué habilidad volatinera la de las ondas sonoras! Aciertan siempre a caer sobre la cuerda floja de la antena y resbalan luego ante los espectadores sin los espavientos del acróbata.

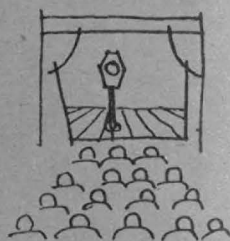
Con el reactivo que pronto inventarán los poetas, podremos ver en lo invisible cómo florecen y se ensanchan las corolas magníficas de la radiación. Contemplaremos cómo—estremecidas, elásticas y fugaces—se hinchan y redondean teniéndose apenas del pedúnculo de la pequeña torre metálica. Pompas flúidas e imponderables—azules, verdes, amarillas, rojas—que se ensanchan más y más hasta derramarse—estriadas de interferencias—por el mundo, dalías gigantescas...

Haciendo pasar con presteza los números indicadores sobre las difusoras en fuga, obtendremos la evidencia de una realidad; el mundo se ha vuelto loco.



¿Nueva York?... ¿París?... ¿Habana?... ¿Buenos Aires? Cuando en la busca oímos de pronto una estación incógnita que nos habla con el esperanto de la música—una estación muy lejana—sentimos la deliciosa sensación de que nos hemos perdido.

En medio del mensaje melódico de letras conocidas—marca de fábrica—la luna interpola inesperadamente los convencionales crujidos magnéticos de una vana comunicación con los difuntos.

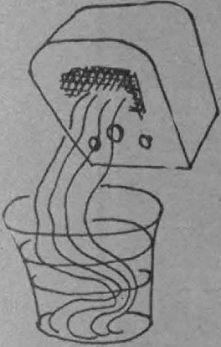


En el espectáculo. Desde que se adivina el micrófono sobre el escenario, se presiente ese tercer personaje que nos espía desde la cerradura de su radio. Ya no somos espectadores; también somos actores para ese fantástico mundo disperso y apretado que juzga de nuestros aplausos y de nuestro silencio.

Esténtor—el de la voz de cien hombres—no es un mito: es ese buen señor afónico que en el silencio de la transmisión habla al oído del micrófono, que apenas lo escucha.

Cada día vivimos más entre fantasmas que nos mueven—paradoja—en la realidad: sonreímos a las sombras cenicientas del cine, o nos encolerizamos contra el radioreceptor, tembloroso eco. ¡La espelunca de Platón!

La civilización ha servido para traernos el agua, la luz y la energía por las venas conductoras que penetran a nuestras casas por la escalera del servicio. Ahora el ruido del radio penetra por la azotea. ¿Cuándo entrará el silencio apacible por la puerta principal?



¡Oh, las conferencias!... Algunas veces sentimos el deseo de poner debajo del radioreceptor el cesto de los papeles de desperdicio.

El radio se ha inventado para llenar el vacío de muchas casas y de muchas cabezas.

Las casas atadas a una misma melodía de estaciones "encadenadas" forman ya, para el transeunte, una sociedad sin clases.

El cine; el radio; el periódico; la televisión... ¿Qué será dentro de pocos años de nuestra buscada intimidad?

Reconstruir al "anunciador" por su afectada prosodia, daría resultados diametralmente opuestos a reconstruirlo por su ortografía.

X. P. Z., X. N. W., T. W. L., fórmulas químicas de ruidosa combinación molecular con los oídos.

Ondas cortas. Ondas largas. Viene la linfa por las ocultas venas del éter hasta liberarse en el salto gárrulo del surtidor.

Una conferencia sobre arqueología. Parla obscura y anacrónica; voz decapitada, voz espiritista

que se alimenta de la pared por el cordón umbilical del alambre conductor.

Una ventaja del radio: no crea psicología de multitud entre quienes escuchan. De ahí la posibilidad magnífica de silenciar al orador político de moda.

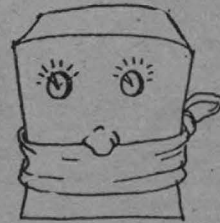
El radio ha confirmado lo ya presentado al través de la oratoria: que la palabra hablada tiene un valor de persuasión independiente de las ideas.

A veces percibimos en el ritmo de la sinfonía un arbitrario calderón, pausa graciosa y original del concierto. Ignoramos entonces que acaba de atravesar frente a nuestro balcón de "radio-escuchas", una golondrina.

¡300,000 kilómetros por segundo! Velocidad excesiva para informarnos de que en Rusia se acaban de construir diez acorazados más ante la perplejidad pacifista de la Liga.

La molición de escuchar con atención pasiva o indiferencia, violentarán la mengua del espíritu crítico popular. Si el incremento del radio continúa es evidente que alcanzarán preeminencia cultural los relatos de aventuras policíacas.

Nos maravilla, y con razón, oír la voz de Lebrun que nos habla desde París—4,000 "kiloci-clos"—. Tanto nos debería maravillar al menos, oír a Homero cuya voz resuena desde Grecia, a 4,000 años de distancia.



¡Pequeños monstruos aulladores! A veces clamamos por una epizootia que vuelva sordomudos a todos los "alto-parlantes".

Tal está el mundo que la única palabra leal que podría radiarse y que sería comprendida por el mundo—así fuera dicha en ruso—sería ésta: ¡So-corro!